

NOSTALGIA DORADA

Fátima GalBos

La mayoría de las personas dicen experimentar una sensación opresiva cuando se encuentran en este tipo de lugares.

Conforme los abandona el tacto de la luz diurna sobre su piel y entre más se estrechan los laberintos, la claustrofobia comienza a apoderarse de cuanta sombra los rodea.

Asoma su cabeza desde cada orificio inexplorado y les susurra de terrores que resuenan a través de los accidentados corredores de piedra.

Yo, en cambio, me siento en paz.

Disfruto del silencio tan solo quebrantado por mis pasos, de la oscuridad que da descanso a mis ojos y de la fragancia húmeda y mineral que se respira sin excepción.

Claro, me sé privilegiado. Los hombres que excavaron y exploraron estas minas lo hacían para asegurarse el sustento y el de sus familias, equipados con prácticamente nada si hemos de comparar sus zapatos con las suelas de goma que amortiguan mis pasos.

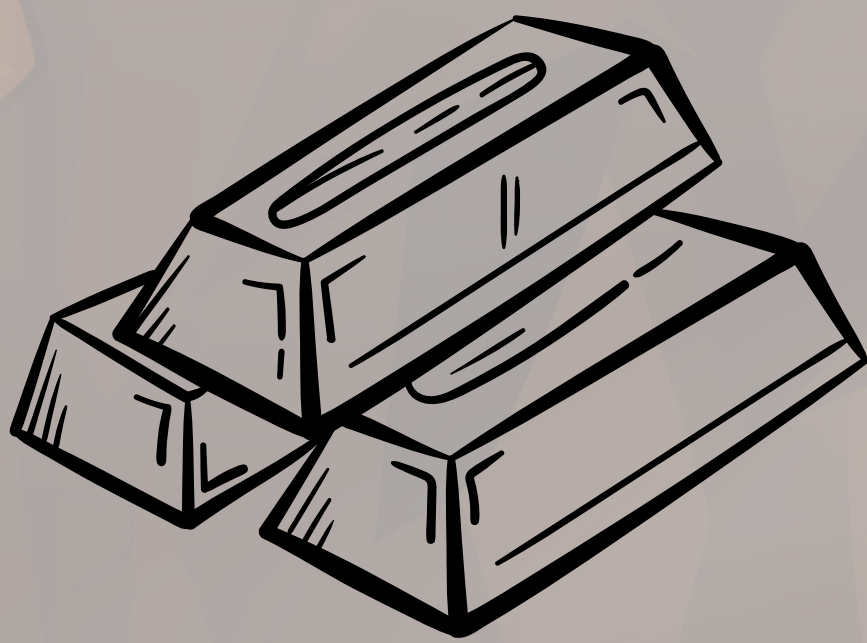
¿Yo? Soy un curioso. Un explorador amateur cargado de artimañas tecnológicas.

Aplicaciones móviles que me permiten ubicarme y mapear sus intrincados caminos, pendientes y volados.

En realidad, si he de sincerarme, me mueve la codicia.

Una codicia que no encuentra eco en la bolsa de valores o en las criptomonedas ni en institución alguna que pretenda controlar riquezas.

A ver si me explico. Yo lo que quiero es plata. En total literalidad. Ni papel, ni dígitos en una pantalla. No tiene el más mínimo sentido, ya sé, pero es que siento una nostalgia que ni yo mismo me explico.



Tal vez es un profundo deseo a no ser tan ajeno, tan distante de los extraordinariamente fuertes tlaxcaltecas, los nobles esclavos negros y los españoles pobres hambrientos de riquezas.

Hombres que sudaban la gota gorda por hacerse de la sagrada pepena, esa que exudaban las minas de la vieja Nueva España.

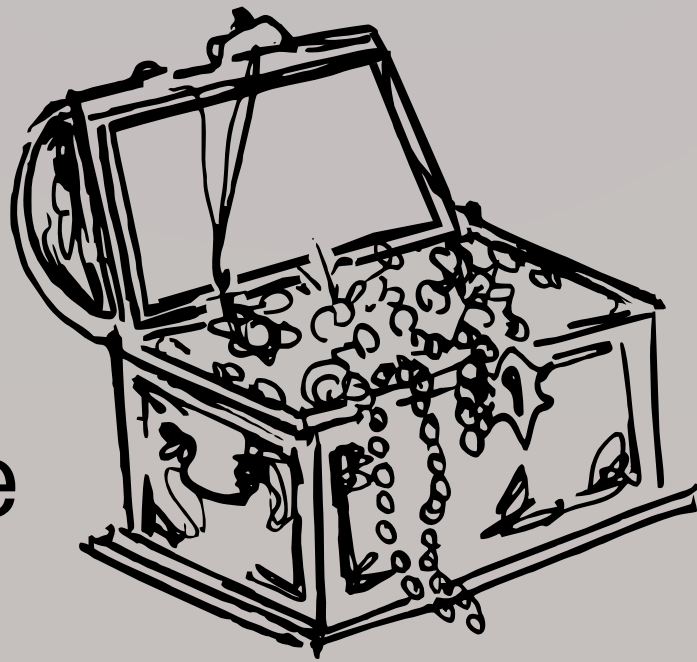
O tal vez estoy enmascarando un profundo descontento con lo que se considera riqueza en nuestro mundo. Con el existir que es ahora. O quizá, y no hay que descartar esta posibilidad, solo me quiero hacer el interesante.

¿Qué hay más contemporáneo a los albores de nuestro siglo que cargar con el celular en busca de leyendas que le aporten sentido a esta existencia vacía?

Y es que leyendas hay un montón aquí, en Santa Eulalia. Y donde hay leyendas, hay verdades a medias.

No, no me refiero a entidades errantes, almas en pena y todas esas ilusiones que solo los borrachos, los niños y los locos ven.

Me refiero a que toda leyenda nace por alguna verdad que, con el tiempo, fue deformada. Arreglada aquí y acá para satisfacer alguna necesidad moral o social.



Ese es el caso de la leyenda del Curro de Santa Eulalia. La historia cuenta que un español, de esos que buscaban tesoros ajenos en tierras aztecas, vino a explorar las minas de Santa Eulalia, timando y robando en el proceso, hasta convertirse en acaudalado señor.

Su avaricia y falta de confianza en las personas lo llevó a enterrar su tesoro en estas minas hasta que pudiera regresar a España. Cosa que nunca logró.

Murió antes de poder hacerlo y con su muerte, nació el mito. La gente murmura que se aparece en busca de un heredero, pero a cambio de un precio de sangre: el sacrificio del hijo primogénito de la persona que ve a la aparición; así, como Abraham a Isaac.



Dicen que nadie ha tomado la oferta, y que el Curro ha perseguido a cada hombre que ha osado negársela, enfermando su mente y su cuerpo en el proceso, llevándolos hasta la muerte.

Así cuentan aún los viejos del pueblo, quienes juran la veracidad de estos relatos, contados por amigos de antaño ya muertos.

Si me preguntan, no se trata más que de una historia moralina. Un relato para disuadir a las personas de buscar riquezas materiales.

Al tiempo que exploro una vez más estas cavernas que he mapeado decenas de veces, no puedo dejar de pensar en que aquello suena por demás fantástico.

No solo eso; quizá, la perfecta coartada para esconder tesoros verdaderos. Así es, a mí no me interesan tanto las andanzas del Curro en el más allá, sino aquellas de cuando estaba más acá, en el mundo de los vivos.

Llevo casi un año buscando lugares apartados de los caminos turísticos, en los recovecos clausurados o prohibidos de las minas.

Para ser amateur, creo que he evadido bastante bien la notoriedad y me he mantenido muy fuera del radar.

Si acaso no llegase a encontrar nada, ¡qué más da! Mejor aquí abajo donde puedo sentirme un excursionista rebelde que allá arriba donde seguramente terminaré siendo un don nadie, como todas las personas que he conocido en mi vida.

De pronto, un ruido. Llevo rato acostumbrado al goteo esporádico y a esos sonidos sordos, huecos, tan particulares de los laberintos subterráneos.

Esto es diferente. Suena parecido a un chasquido. He detenido el paso, para ver si escucho algo más, pero nada.

Quizá sea la profundidad de la mina, jugando con mi percepción.

“¿Eso cree?” – la voz es profunda, y su acento peculiar.

“Sí, eso creo. No es más que mi imaginación”, respondo de inmediato.

“¿Entonces porqué me ha contado todo esto? Lleva mucho rato dándome explicaciones”.

“Cierto...”, reflexiono en silencio mientras observo mi manos ensangrentadas y ennegrecidas.

El hombre frente a mí, alto y de espeso bigote, me lava las heridas y me coloca una venda limpia. La espalda me duele como si hubiera caído dando tumbos.

Puedo ver mis jeans desgarrados a la altura de la rodilla; seguro las tengo raspadas. Observo la camilla sobre la que estoy sentado y siento cómo la confusión me nubla la mente y me entumece los sentidos.

“Cierto”, contesta él, dirigiéndome una sutil sonrisa. “Si no creyera en esas leyendas, no pasaría tanto tiempo justificando vuestras peripecias.”

Lo miro a los ojos al tiempo que siento un vuelco en el estómago. ¿Por qué tengo esta sensación tan vertiginosa? ¿Cómo llegué aquí? Busco la respuesta en esos ojos aceitunados que me miran, acuosos, profundos...

De pronto, siento como si cualquier ser humano pudiera perderse en ellos, para no volver jamás.

“Vuestra merced, lo sabe, ¿qué no?”.

Puedo sentir la piel de mi cuello erizarse, como si supiera con certeza lo que mi cerebro quieren negar a toda costa.

“Erasmus...El Corro.”

“Estuvisteis demasiado cerca. Por poco le tengo que arrancar la plata de las manos.”



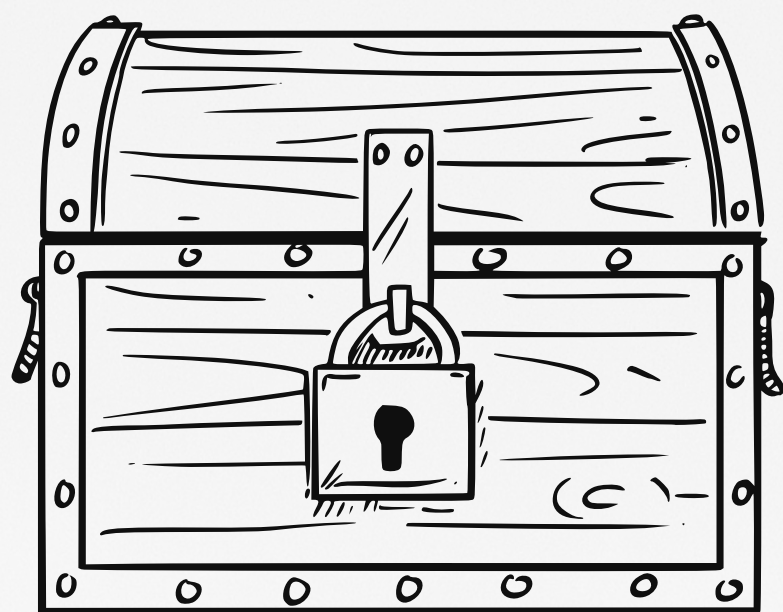
Una enfermera irrumpo en la habitación sin prestar mayor atención a ninguno de los dos.

“Ya despacha al paciente, que necesitamos la camilla. Míralo, está bien, solo tiene unos rasguños”.

Sin saber muy bien qué hacer, me levanto ante la insistencia de sus gesticulaciones con las manos. Todo me duele. Frente a mí, el paramédico...El ente...Lo que sea que se halla frente a mí, sonrío con modestia y me indica la salida.

Me encamino a ella aún ofuscado, pero antes de cruzar el umbral, una fuerza extraterrena me impulsa a girarme, encarar al hombre y preguntarle, “no me lo ofreciste. Se supone que lo ofreces a quien busque.”

“Primero hay que tener al hijo”.



El Curro de Santa Eulalia, en Chihuahua, es una leyenda fascinante porque sigue viva entre sus habitantes.

Sin embargo, han pasado algún tiempo desde la última persona que aseguró recibir la maliciosa propuesta de este espectro.

Entonces, decidí imaginar a un hombre de mi edad o más joven, cansado de la cotidianidad, aburrido con su realidad, que, impulsado por la nostalgia de los exploradores de minas, y termina por encontrarse frente a frente con el Curro.

Pero claro, además de espíritu chocarrero, este malandro tiene fama de listo.

Fatima GalBos
para Exquisitas Letras